

CAPÍTULO VEINTITRÉS

asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

- Así será - dijo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falta el ánima del cuerpo. Y vente ahora tras mí poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela: quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

A lo que Sancho respondió:

- Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y, así, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el

CAPÍTULO VEINTITRES

rey me hacía franco.

Engañaste en eso, Sancho - Respondió don Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño casi delante, estamos obligados a buscarla y volvérsela, y cuando no la buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que Sancho amigo, no te dé pena el buscarla, por la que a mí se me quitará si le halla.

Y así, picó a Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado juramento, y, habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arrollo caída, muerta y medio comida de perros y confirmo en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin.

Estandola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y a deshara, a su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano.

Dióle voces don Quijote y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió a gritos que quién les había traído por aquel lugar, pocas o ningunas veces pisado sino de pies de cabras, o de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho

CAPÍTULO VEINTITRES

que bajase, que de todo le darían buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde don Quijote estaba, dijo:

- Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada. Pues a buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar. Díganme, ¿han topado por ahí a su dueño?

- No hemos topado a nadie - respondió don Quijote -, sino a un cojín y a una maletilla que no lejos de este lugar hallamos.

- También la hallé yo - respondió el cabrero -, mas nunca la quise alzar ni llegar a ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de furto, que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta attonbre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no.

- Eso mismo es lo que yo digo - respondió Sancho -, que también la hallé yo y no quise llegar a ella con un tito de piedra; allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.

- Decidme, buen hombre - dijo don Quijote -, ¿sabéis vos quién sea el dueño de estas prendas?

- Lo que sabré yo decir - dijo el cabrero - es que habrá al pie de seis meses, poco más o menos, que llegó a una majada de pastores que estará con tres leguas de este

CAPÍTULO VEINTITRÉS

lugar un mancebo de gentil talle y apertura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntámonos que cuál parte de esta sierra era la más áspera y escondida; dijímonle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis a salir; y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que a este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos contentos de su buen talle y admirados de su demanda y de la prisa con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí a algunos días salió al camino a uno de nuestros pastores y sin decirle nada, se llegó a él y le dio muchas puñaladas y coces, y luego se fue a la berrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traía; y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió a emboscar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos a buscar casi dos días

CAPÍTULO VEINTITRES

por lo más cerrado de esta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Sabió a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocíamos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron a entender que era el que buscábamos. Saludonos cortésmente y en pocas y buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle también que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que a lo menos saliese a pedirlo y no a quitarlo a los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados y ofreció de pedirle de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En cuanto lo que tocaba a la estancia de la habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan fiero llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado

CAPÍTULO VEINTITRÉS

le habíamos si en él no le acompañáramos, considerán-
 dolo como le habíamos visto la vez primera y cuál le
 veíamos entonces. Porque, como tengo dicho, era un muy
 gentil y agraciado varón, y en un casto y en
 un casto y concertado varón mostraba ser
 bien nacido y muy veterana persona; que, puesto que
 éramos rústicos los que le escuchábamos, un genti-
 lera era tanta, que buscaba a donde a conocer a la
 misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plá-
 tica, paró y enmudeció; clavó los ojos en el suelo
 por un buen espacio, en el cual todo estuviéramos que-
 dos y suspensos, esperando en qué había de pasar
 aquel embobamiento, con no poca lástima de ver-
 lo, porque por lo que hacía de abrir los ojos, esto
 fijo mirando al suelo sin mover persona gran rato,
 y otras veces cenada, apretando los labios y enro-
 cando los ojos, fácilmente conocimos que algún
 accidente de locura le había sobrevenido. Mas
 él no dio a entender presto ser verdad lo que
 pensábamos, porque se levantó con gran furia del
 suelo, donde se había echado, y arremetió con
 el primero que halló junto a sí, con tal denuedo
 y rabia, que si no se le quitáramos la manta
 a puñados y a bocados; y todo esto hacía

CAPÍTULO VEINTITRÉS

diciendo: « ¡Ah jementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sintazón que me hiciste, estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño! ». Y a éstas añadía otras razones, que todas se encaminaban a decir mal de aquel Fernando y a tacharle de y jementido. Quitámo-sele, pues, con no poca pesadumbre, y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille. Por esto conjeturamos que la locura le venía a tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada cuanto lo mostraba el término a que le habría conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas a pedir a los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras a quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admiten, sino que lo toman a puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en determinados yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos criados y los dos amigos míos, de buscarte hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mismo que viste pasar con tanta ligereza como desnuda — que ya le había dicho don Quijote como había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra. El cual quedó admirado de lo que el cabrero había oído y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado: de buscarte por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarte. Pero le hizo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra que salía donde ellos

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Estaban el marcebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, sólo que llegando cerca vio don Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad.

En llegando el marcebo a ellos, les saludó con una voz desentonada y branca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar «el Roto de la Mala Figura» (como a don Quijote el de la Triste), después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí y, puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote que don Quijote lo estaba de verle a él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



CAPÍTULO XXIV

Donde se prosigue la aventura

Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al atuso Caballero de la Sienra, el cual, prosiguiendo su plática, dijo:

- Por cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el bien acogimiento que me habeis hecho; más no quiere mi suerte darne otra cosa con que corresponda a las buenas obras que me hacen que buenos deseos de satisfacerlas.

- Los que yo tengo - respondió Quijote - son de servir tanto, que tenía determinado de no salir de estas sierras hasta hallaros y saber de vos si el dolor que en el dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener se podía hallar algún género de remedio, si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera aquellas que tienen cerradas las puertas a todo género de

(12)

CAPÍTULO VEINTICUATRO

consuelo, pensaba ayudarlos a llorarla y plantarla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, Señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado o amáis, que me digáis quien soy y la causa que os ha traído a vivir y a morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro por la orden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, Señor, me complacéis, os serviré con las veras a que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos a llorarla, como os lo he prometido.

El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle a mirar de arriba abajo; y después que lo hubo bien mirado, le dijo:

- Si tienen algo que darne a comer, por amor de Dios que me lo den, que después de haber comido

CAPÍTULO VEINTICUATRO

yo haré todo lo que se manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con lo que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apresada, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y en tanto que comía ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó a un verde prudecillo que a la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando a él, se tendió en el suelo, encima de la yoba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse comodado en su asiento, dijo: - Si gustáis, señores, que os en breves razones la inmensidad de mis desaventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrumpereis el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagáis, en ése se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron a la memoria a Pan Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no contó el número de cabros que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente. Pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo: - Esta preunción que hago es porque quería pasar

24

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas a la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia para no satisfacer del todo a vuestro deseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él, con este seguro, de esta manera: - Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores de Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que le deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderlo aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vióla en esta mansión tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura y de menas firmeza de la que a mis honradas pensamientos se debía. A esta Luscinda amé, quise y adoré

CAPÍTULO VEINTICUATRO

desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso a mí, con
aquella sencillez y buen ánimo que se poca edad permitía.
Sabían nuestros padres nuestros intentos y no les pesaba de ellos,
porque bien veían que, cuando pasarem adelante, no podían te-
ner otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad
de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de los
poetas, que al padre de Lucinda le pareció que por buenos respetos
estaba obligado a negarme la entrada de su casa, casi invitando en
esto a los padres de aquella Tíbe tan deceñada de los poetas. Y fue
esta negación añadir llama a llama y deseo a deseo, porque, aunque
pusieran silencio a los lenguas, no se pudieran poner a las plumas, las
cuales con más libertad que las lenguas suelen dar a entender a
quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces
la presencia de la cosa amada turba y emudece la intención más de-
terminada y la lengua más atrevida ¡Ay, cielos, y cuantos billetes le
escribí! ¡Cuántas regulares y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas can-
ciones compuse y cuántas enumerados versos, donde el alma desea-
raba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos,
entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome
apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, deter-
miné por poner obra y acabar en un punto lo que me pareció que
más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fue
el pedírsela a su padre por legítima esposa, como lo hice; a lo que él
me respondió que me agradecería la voluntad que mostraba de

CAPÍTULO VEINTICUATRO

honralle y de querer honrarme con prendas suyas, pero que, siendo mi padre vivo, a él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque, si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era luscinda mujer para tomarse ni darse a hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello como yo se lo dijese; y con este intento luego en aquel mismo instante fui a decirle a mi padre lo que deseaba. Y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dió y me dijo: «Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacer te merced». Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida, que a mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba, que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba a cargo el ponerme en estado que correspondiese a la estimación en